

LA FUENTE GRANDE - FERMÍN EL MOLINERO

por
ALCOR

Tenía por costumbre levantarse muy temprano. Aún no había amanecido, encendió el candil, lo colgó en el clavo al lado de la chimenea y lo primero que hizo fue encender la lumbre, colgó el caldero en las llares con agua para cocer la comida al cerdo y las gallinas. Su mujer y los niños aún dormían.

La mañana era muy fría, eran los primeros días de enero. Los inviernos en Fuertescusa son muy duros, aquel invierno de 1898 estaba siendo especialmente frío, llovió y nevó mucho, la primera nevada cayó a primeros de noviembre, aunque no fue muy intensa, ya lo dice el refrán "Para los santos, nieve en los altos" y de los altos no se quitaba la nieve en todo el invierno, por eso los pastores se traían las ovejas a los corrales que tenían cerca del pueblo.

Las vísperas de Nochebuena cayó una intensa nevada, no se podía transitar por las calles, tuvieron que abrir camino con palas. Cada uno quitaba la nieve de su puerta y parte de la calle, hasta unirse con la del vecino, así se podía transitar por todo el pueblo y los niños y niñas podían ir a la escuela.

Los chiquillos que no tienen miedo al frío, se lo pasaban en grande, aunque tenían sabañones hasta en las orejas.

Fermín era el molinero, eran tiempos difíciles pero, él vivía feliz, le gustaba su trabajo y no le faltaba el pan a su familia. Cada uno que iba a moler el trigo le pagaba con un celemín de trigo, o del cereal que moliera. A ese pago le decían la "maquila" y con eso, lo que cultivaba en la huerta, el cerdo que criaba y las gallinas, tenían para alimentarse todo el año.

Desde que era un chaval le gustaba Esperanza, se hicieron novios formales cuando él entró en quintas. Al año de acabar el servicio militar, se casaron, pues había estado tres años en Melilla sin poder volver a casa, alguna carta se habían escrito, aunque sabían lo justo de letras, pues no fueron mucho a la escuela.

Se fueron a vivir al Barrio del Moral, en la última casa a la izquierda, subiendo al depósito. Tenían tres hijos, el

mayor de ocho años, se llamaba Fermín como el padre, el segundo, Sinforoso de cinco años, le pusieron el nombre del santo del día en que nació, como era costumbre en aquel tiempo, y la pequeña de dos años, se llamaba Victorina como la abuela paterna, era una preciosa niña morena de ojos negros con el pelo rizado, que era el ojito derecho de su padre.

El molino estaba en la parte de arriba del pueblo y funcionaba con el agua de La Fuente Grande.

La Fuente Grande nace al pie del monte del Alcor, es la principal arteria de agua del pueblo. Con ella se abastecen todas las casas y se riegan los huertos cercanos. Sus aguas discurren por el caz que va bordeando la parte alta del pueblo hasta Las Canales del que salen varias regueras; una baja por el Barrio Nuevo, con esta regaban la zona de la Toba y el Aguachar, otra salía desde el estanque de Las Canales por el Barrio del Moral con la que regaban "La Huerta Bermeja" y la última salía por donde estaba el taller de carpintería hasta las huertas del Rincón de la Virgen.

Aquel día había quedado con Mateo y Aniceto para molerles unos costales de trigo. Acababa de pasar la Navidad y entre rosquillos, mantecados y magdalenas, los dulces típicos de esas fechas, la harina había mermado en casi todas las casas y había que reponer; sobre todo donde eran muchos hijos como en casa de Mateo.

Fermín cogió la manta de cuadros para taparse y salió a la calle, le extrañó la poca agua que bajaba por la reguera.

- ¡Qué raro!, pensó, ¡ahora no riega nadie!

Llegó al molino, y no se estuvo a abrir la puerta, subió a ver como estaba la presa, vio que estaba casi vacía y no entraba nada de agua, se acercó hasta La Fuente Grande y, no podía creer lo que veían sus ojos, nunca se le había ocurrido pensar que eso llegara a suceder, la fuente estaba seca, de la arena aún húmeda, no brotaba ni una gota de agua.

Bajó a buen paso hacia el molino, ya estaban Mateo y Aniceto en la puerta esperando para descargar los costales.

- No voy a poder moleros el trigo, no hay agua para que funcione el molino, La Fuente Grande se ha secado, y la presa está vacía.

- ¡Venga Fermín que no está la mañana pa bromas! -dijo Aniceto -

- ¿Bromas? Venid conmigo -contestó.

Ataron las mulas en las argollas que había en la pared y se subieron a comprobarlo, cuando llegaron a la fuente, se quedaron atónitos.

- No puede ser- dijo Mateo-, ayer pasé yo por aquí a por una carga de leña y salían unos borbotones... ¡que bajaba un río que paqué!

- Será que con tantas lluvias algún desprendimiento de tierra la habrá taponado, pero no tardará en brotar, -dijo Aniceto -

- Tendré que ir a Priego, al molino de los Barrales pues no nos queda harina para amasar el pan - comentó Mateo -

- Yo te puedo dejar para una hornada -dijo Fermín -, el tío Mariano y el tío Juan molieron hace unos días. Si a alguien le hace falta le pueden dejar hasta ver que pasa.

Se fueron a por las mulas, y sin entrar al molino se bajaron por el Barrio Nuevo hacia la plaza.

Se encontraron con el tío Mariano y su hijo Antonio, que iban a la Era del Molino a echarles a las ovejas, pues las cerraban allí en invierno. Vivían en la última casa del Barrio Nuevo, debajo del molino. Les contaron lo ocurrido y se bajaron con ellos a avisar al tío Miguel, el alcalde.

En la plaza estaban, Justa, Amalia y Engracia la del tío Julián, con los cubos y cantaros vacíos esperando a ver por qué no salía agua de la fuente.

Cuando se enteraron fueron a llenarlos a la Fuente de la Erilla.

Pasaban los días y la fuente seguía seca. Los vecinos del Barrio Nuevo iban al Bronchero a por el agua, los del Barrio del Moral y la Plaza a la Fuente de la Erilla, los de los Cobachos a la Fuente de las Callejas y la de San

Sebastián y así se apañaban. A lavar iban al arroyo del Peral, a su paso por la Era Carrera.

En aquella época el párroco era Don Félix Gutiérrez, quién propuso hacer rogativas a San Martín el patrón del pueblo. Cada domingo, si el tiempo lo permitía, subían en procesión hasta la fuente con el santo. En alguna ocasión llevaron a San Isidro y también a la Virgen del Rosario, patrona del pueblo, que entonces era una imagen pequeña y se le tenía mucha devoción.

Pasaron los meses de enero y febrero, los que tenían harina les prestaban a los que les hacía falta, colaboraban ayudando a traer el agua y en todo lo que podían, y así, gracias a la solidaridad de todos los vecinos se iban arreglando.

Y llegó el mes de marzo, los días ya alargaban, y aunque hacía fresco, ya se estaba bien al sol, los campos empezaban a reverdecer y alguna tímida florecilla anunciaba ya la llegada de la primavera.

Y la fuente seguía seca.

Aquel sábado de finales de marzo amaneció con una niebla espesa que no se veía a dos pasos, pero ya se sabe que, "mañanita de niebla, tarde de paseo". Y así fue. Al mediodía hacía un sol espléndido, y sin saber por qué, Fermín estaba más optimista, después de comer un buen plato de potaje, de esos tan ricos que preparaba Esperanza, se subió al molino, revisó la tolva, las piedras, cedazos y demás utensilios y dejó todo limpio y ordenado. Se acercó otra vez a la fuente, y seguía igual, ni rastro de agua. Se metió en ella y empezó a escarbar la arena con las manos. Pronto se disipó su alegría, dos lágrimas resbalaron por sus mejillas, volvió a su casa cabizbajo y triste.

¡Bien sabía Esperanza porque ese cambio de humor!

- Anda hombre no te preocupes que todo se arreglará

- Sí se arreglará, sí. No sé qué vamos a hacer...

Y ella que tenía mucho sentido del humor le dijo:

- ¡Tú siempre tendrás la Esperanza!... Y le dedicó una mirada picarona, que logró sacarle una sonrisa.

Aquella noche había luna llena. Después de cenar Aniceto y Juliana que eran vecinos y vivían un poco más abajo, decidieron subir a trasnochar un rato, allí al hogar de la lumbre, los cuatro comentaban que hacer en los huertos, era tiempo de prepararlos para sembrar las patatas, judías y demás hortalizas; pero sin agua, para que iban a sembrar.

Fermin se acostó tarde. De madrugada se despertó sobresaltado, le pareció oír el agua por la reguera, saltó de la cama y salió a la puerta, cuando vio el río de agua que bajaba, exclamó:

- ¡Gracias a Dios!, y a medio vestir, salió corriendo calle abajo, no se estuvo a coger el farol, con la luz de la luna se veía, subió las escaleras de la torre y empezó a repicar las campanas.

Despertó a todo el pueblo.

A la puerta de la iglesia iban llegando para ver qué pasaba, aunque ya se lo imaginaban, Los primeros en llegar fueron Antonio y Justa, y Felipe e Inocenta, que vivían allí al lado; Isidro y Escolástica, Pedro, Amalia, el tío Higinio, hombres, mujeres y niños. Allí se reunió toda la gente del pueblo.

Los mozos se fueron a por las guitarras y la ronda no paró de tocar hasta el atardecer. Fue un día de júbilo y celebración para toda la gente de Fuertescusa.

A partir de entonces, a Felipe que era albañil y, decían que trabajaba muy bien, se le ocurrió que en la huelga que tenía a la parte de abajo de la Piedra del Castillo, podía construir un molino, que funcionara con el agua del Arroyo del Peral, ya que pasaba por su finca, por si volvía a ocurrir otra vez, no se quedarían sin poder moler, así lo hizo con la ayuda de su mujer Inocenta y, con mucho trabajo.

Desde entonces funcionaron los dos molinos y había suficiente trabajo para los dos.

A día de hoy siguen en pie, conservados por sus propietarios, aunque su función ya pasó a la historia.

La Fuente Grande hasta hoy, nunca más ha dejado de darnos su agua. Cuando llueve mucho, a veces, sale por cada romero

y cada buje del monte cercanos al nacimiento mucha cantidad, lo que llamamos "fontarrones".

En esas ocasiones, es tanta el agua que sale, que no cabe por el caz y para que no salga a las huertas, ni a las calles del pueblo, a doscientos metros de su nacimiento se abre una compuerta y una parte del agua se desvía por las Campanas del tío Milhombres al arroyo de la Peña Caída, o del Bronchero.

Pasados muchos años, allá por los años setenta, pusieron el agua corriente en las casas del pueblo. Hicieron un depósito más abajo de la fuente, cerca del molino, y protegieron La Fuente Grande con una caseta de piedra. El agua sobrante sigue bajando por el caz y regando las pocas huertas que aún se siembran.

Esta historia es real, aunque no hay constancia escrita, fue pasando de padres a hijos y, según nos contaron los que aún lo recordaban, ocurrió más o menos por esas fechas.

En una pared de la caseta de piedra que protege la fuente, hay una placa con este bonito poema escrito por Gloria Molinero, que se refiere a este hecho.